

Todo es relativo.

Querer es poder.

La felicidad
no existe.

La excepción
confirma la regla.

Josep Muñoz Redón

Tristes tópicos

Contra algunos clichés
de la vida cotidiana

PAIDÓS CONTEXTOS

JOSEP MUÑOZ REDÓN

TRISTES TÓPICOS

Contra algunos clichés de la vida cotidiana



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Sumario

<i>Introducción</i>	9
EL TÓPICO DOMÉSTICO (Como en casa en ningún sitio)	15
EL TÓPICO POSMODERNO (Todo es relativo).	19
EL TÓPICO HEURÍSTICO (Hay que reinventarse)	25
EL TÓPICO DOMÉSTICO 2 (Cada casa es un mundo).	29
EL TÓPICO ESTRAMBÓTICO (Toda crisis es una oportunidad)	35
EL TÓPICO TECNOLÓGICO (Internet nos ha cambiado la vida)	41
EL TÓPICO UNIDIRECCIONAL (Todos los caminos llevan a Roma).	47
EL TÓPICO HELADO (Esto es sólo la punta del iceberg).	53

EL TÓPICO DE LOS NÚMEROS (No hay dos sin tres)	57
EL TÓPICO JUVENIL (La juventud es la mejor época de la vida)	61
EL TÓPICO ARQUETÍPICO (Nada en exceso)	67
EL TÓPICO UTÓPICO (Querer es poder)	71
EL TÓPICO CIENTÍFICO (La experiencia es la madre de la ciencia).	77
EL TÓPICO DEL CALENDARIO (El tiempo pasa tan rápido...)	81
EL TÓPICO TÍPICO (La excepción confirma la regla).	87
EL TÓPICO DEL OCIO (La ociosidad es la madre de todos los vicios)	91
EL TÓPICO EMOCIONAL (Llora, que te hará bien)	97
EL TÓPICO ESTÉTICO (Sobre gustos no hay nada escrito)	103
EL TÓPICO EUDEMONISTA (La felicidad no existe)	109
EL TÓPICO PRESENTISTA (<i>Carpe diem</i>).	115
EL TÓPICO DE LA IMAGEN (Una imagen vale más que mil palabras).	121

EL TÓPICO DOMÉSTICO

(Como en casa en ningún sitio)

La casa se ha convertido en la placenta que nos protege de todo el Cafarnaúm que nos rodea. Este espacio supuestamente privilegiado es un remanso de tranquilidad, paz y serenidad. En la versión anglosajona, el tópico adquiere una connotación, incluso, de golosina: «*Home, sweet home*». El aroma a bizcocho o magdalenas nos recibe antes de entrar por la puerta, y todo es coser y cantar tras cruzar aquella frontera que nos separa de la selva, del bosque salvaje, o como queramos llamarlo.

Los cruasanes del desayuno, el periódico de los domingos, las zapatillas que cada día nos reciben después del trabajo y nos proporcionan un ligero y esponjoso escabel para huir de los flagelos de la existencia, la caricia de las sábanas que nos arropan o la suavidad de la ropa, publicitada en toda clase de medios de comunicación —después de salir de la lavadora—, no son menos importantes para definir este confort ancestral que nos proporciona el hogar. El imaginario colectivo colma este espacio privilegiado de algodón y lo vacía de temores, rencores y malos augurios.

Esta fuerza positiva ha llegado incluso a impregnar la filosofía de una satisfacción zafia, ajena a la propia actividad de cultivar el pensamiento. «¿Adónde vamos?», se pregunta de forma retórica Ernst Bloch, para contestar a continuación taxativamente: «Siempre a casa». En este contexto, todos tenemos que recordar aquel augurio de Pascal: «Toda la desgracia de los hombres procede de una sola cosa, que es no estar reposando en una habitación».

Quizá por eso el propio Xavier de Maistre, un francés de 27 años en la primavera de 1790, durante un arresto domiciliario de seis semanas a causa de un duelo, escribió un libro titulado *Viaje alrededor de mi habitación* para manifestar su renuncia a cruzar el umbral de la puerta de su casa. De Maistre tuvo incluso la osadía de insistir en ello con un segundo viaje en 1798. En esta ocasión viajó de noche y no se aventuró a ir más allá de la ventana de su casa, titulado esta experiencia casera como: *Expedición nocturna alrededor de mi habitación*. En la presentación del libro, su hermano, un conocido filósofo de la época, Joseph de Maistre, comparó al autor con Magallanes, Drake, Anson o Cook.

En París, capital del siglo XIX, en uno de los ensayos incluidos en sus *Iluminaciones*, escribía Walter Benjamin: «Para el hombre privado, el interior representa el universo. En él reúne la lejanía y el pasado. Y su salón es una platea en el teatro del mundo».

Ni siquiera la filosofía oriental ha escapado a este desiderátum doméstico. Fundador del viaje interior moderno, Lao Tsé escribe: «Sin salir por la puerta se conoce el mundo. Sin mirar por la ventana se ven los caminos del cielo. Cuanto más lejos se sale, menos se aprende».

Hasta aquí algunos de los elementos de todas las épocas y latitudes que han dado pie al tópico. Abordemos ahora su deconstrucción.

Los accidentes se agrupan, tradicionalmente, en accidentes laborales, accidentes de tráfico y accidentes del hogar. Los primeros tienen, tanto en el campo de la investigación como en el de la legislación, unas líneas de prevención sólidas. Los segundos hallan en las campañas de información y de sensibilización, y en los programas de investigación, los medios más sólidos para reducir su vertiginoso incremento. La tercera clase comprende los accidentes, múltiples y diversos, que se producen en la esfera privada, es decir, en el hogar, y que acostumbran a denominarse «accidentes domésticos». Como son, por lo general, menos espectaculares y menos graves que los otros, el grado de sensibilización, tanto de la sociedad como de las instituciones, es menor.

No obstante, las estadísticas indican que más de la mitad de los accidentes (exactamente un 53 %) son de carácter doméstico. Los

colectivos más afectados por esta lacra son los niños y los jóvenes de entre 1 y 24 años. Cabe destacar dentro del largo inventario que nos proporcionan las administraciones públicas encargadas de protegernos —en la mayoría de los casos, de nosotros mismos—, los siguientes peligros: las caídas, las quemaduras, las electrocuciones, los cortes y los aplastamientos, las intoxicaciones, la asfixia...

Los accidentes son la primera causa de mortalidad de los niños de entre 1 y 14 años. La cocina es el lugar más peligroso de toda la casa, seguida de muy cerca por el cuarto de baño. Una guía preventiva de la administración pública llegó a adoptar un tono casi *gore* al poner los siguientes ejemplos: la niña que estaba dentro de la bañera y que cogió un secador de pelo conectado a la corriente; la criatura que estaba tostando el pan para desayunar y que tocó la tostadora con el pelo mojado al salir de la ducha; el niño que apareció inanimado sobre la tapa de una lavadora en funcionamiento...

Hay tres tipos de accidentes característicos de los niños, todos producidos por contacto directo. En primer lugar, está la criatura que, jugando, toca con las manos un cable eléctrico pelado, o las varillas del enchufe, que sobresalen de la base de conexión, o el portalámparas de una bombilla encendida. El segundo tipo es muy frecuente: el niño que va gateando y se encuentra de frente con el enchufe hembra de un alargador conectada a la red eléctrica y se lo lleva a la boca. El tercer tipo: el niño que mete un objeto metálico (unas tijeras, un clip, una aguja, etc.) en los agujeros de un enchufe. La casuística es infinita y la guía a la que hacíamos referencia sigue enumerando peligros extremadamente sofisticados para los jóvenes y torturas inimaginables para la gente mayor que se encierra en su casa sin atreverse salir a la calle.

Por violencia se entiende todo comportamiento que, por acción u omisión, causa daño físico o psicológico a una persona. En general, no somos muy conscientes de que el ámbito doméstico es un escenario privilegiado para este tipo de agresiones. En este contexto, el capítulo más publicitado de agresiones ha sido la violencia de género. La lacra de la violencia machista no para de aumentar, sin que nada parezca poder frenar esta barbaridad.

La combinatoria, sin embargo, es muy amplia y el tiempo ha explorado hasta sus rincones más recónditos. También encontramos

en el hogar violencia contra los abuelos, de los hijos contra sus padres, de las mujeres hacia sus parejas, entre hermanos, intergeneracional, interracial...

Por ejemplo, en estos últimos tiempos, lo que parece haber aumentado más exponencialmente son las agresiones de los padres a manos de sus hijos. Según las autoridades policiales, los delitos cometidos por menores han descendido en general en los últimos años. Pero, en cambio, han aumentado en un 50 % los casos de agresiones a padres y a otros miembros del hogar. Este porcentaje de casos de violencia doméstica atribuibles a menores podría ser aún más elevado, ya que existe una «cifra negra» de agresiones no denunciadas, debido a que muchos padres desisten de hacerlo, conscientes de las consecuencias legales que ello podría comportar para sus hijos, tanto en forma de condenas como de órdenes de alejamiento. Por no hablar del abuso sexual infantil, apartado en el que, en un 70 % de los casos, el agresor es uno de los miembros de la familia, habitualmente el padre.

Así pues, el hogar no es tan seguro, impenetrable y dulce como queremos creer que es. Como nos obstinamos en pensar que es. Como deseamos que sea. Creo que ha quedado amplia y empíricamente demostrado que no estamos seguros ni en casa. O quizá deberíamos decir que, sobre todo, no estamos a salvo en la vivienda que hemos escogido y que tanto nos ha costado financiar debido a las trampas que las entidades bancarias han elaborado y que tantos desplazamientos a Ikea han propiciado. El hogar es una fuente de riesgos insondable y poliédrica. Uno de los primeros consejos que dan los expertos en caso de cataclismo natural, como puede ser un terremoto, es abandonar el hogar a todo correr. Por algo será.

EL ANTITÓPICO

De la granja a la zanja (en el sentido de tumba).

EL TÓPICO POSMODERNO

(Todo es relativo)

La historia viene de lejos. La empezaron unos filósofos viajeros y charlatanes, con perdón por la redundancia: los sofistas. Los sofistas dirigieron su atención especulativa sobre los seres humanos, a diferencia de sus antecesores, que se fijaron y se centraron en la naturaleza. Podríamos decir que inauguraron la filosofía de la cultura, en oposición a la de la naturaleza. La mayoría de ellos había nacido lejos de Atenas y había viajado mucho. Eso hizo que, espoleados por su curiosidad natural, fueran recogiendo muchos datos sobre las diferentes culturas, religiones, etc., y constatando la diversidad de costumbres que definía cada uno de los lugares que visitaban.

Aquello que unas comunidades consideraban bueno, para otras era malo; las acciones que unas consideraban justas eran, para otras, censurables. A pesar de esta evidencia, tampoco se atrevían a considerar unas comunidades superiores a otras. Todo ello les llevó a cuestionar la existencia de principios universales que pudiesen definir la existencia propiamente humana y que ayudaran a vivir mejor.

A la desconfianza en la posibilidad de que la razón humana pudiera alcanzar un conocimiento absoluto de la realidad, se le añadió, por lo tanto, un relativismo respecto a los valores. Éste es el sentido de aquella famosa frase de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son». Un subjetivismo que suscitó inmediatamente muchas respuestas contrarias.

Aunque la palabra *sofista* fue desde mucho tiempo atrás sinónima de sabio (*sophós* en griego significa «sabio»), después fue adquiriendo, sobre todo en el ámbito de la propia filosofía, el sentido peyorativo de hábil embaucador o especialista en el arte del engaño por medio de la palabra. Platón consideró a los sofistas impostores que ocultaban su ignorancia por medio de la charlatanería, y se refería a ellos con expresiones tales como «cazadores asalariados de jóvenes adinerados», «comerciantes de saberes que alimentan el alma», «atletas en los debates», «prostitutos del espíritu», «charlatanes terribles», etc. Sin embargo, aunque ésta es la visión habitual en el ámbito de la filosofía, no es la visión hegemónica en la actualidad. Más bien todo lo contrario.

Ha habido pocos defensores de la sofística entre los filósofos de renombre. Uno de éstos fue Schopenhauer, aunque lo hiciera en referencia a la forma más anecdótica de los sofistas, como padres de la oratoria. Este filósofo alemán escribió en el año 1830 un brevariario sobre trucos para batir a los rivales en las disputas verbales: *El arte de tener siempre razón*. En esa obra, Schopenhauer dice cosas como: «En la mayoría de las personas, la vanidad innata está acompañada de la incontinencia verbal y de una deshonestidad natural. [...] Hablan antes de reflexionar e incluso, si se dan cuenta posteriormente de que su tesis es equivocada, procuran que no lo parezca. El interés por la verdad, que debería ser, en la mayoría de los casos, el único motivo para afirmar una tesis justa, cede ante la vanidad: hay que hacer que la verdad parezca falsa y que lo falso parezca verdad».

El debate es una suerte de combate de boxeo. Para Schopenhauer, como para Protágoras, lo que importa no es hallar la verdad sino ganar al rival, si puede ser por K.O. Algunos de sus consejos son bastante curiosos: obligar al adversario a ir más allá de su límite natural, porque, cuanto más generalice, más se expone a ser atacado. Por ejemplo, si se dice: «Los ingleses son superiores a todas las naciones en el arte dramático», la respuesta sería: «Todo el mundo sabe que no valen nada en música y que, por tanto, son una nulidad en ópera». En realidad, el rival quiere hablar de otra cosa y no pretende contradecirlo, pero se quiere hacer creer que la veracidad de una tesis demuestra la falsedad de la otra.

Asimismo, se desea derivar conclusiones absurdas de las opiniones del contrario utilizando frases como: «Si eso fuera cierto, resultaría que...», sacando consecuencias falsas y grotescas de una opinión, sin permitir matizarla. También recomienda no insultar jamás. Es decir, no utilizar la falacia *ad hominem*. Con frecuencia, cuando alguno se da cuenta de que está a punto de ser derrotado en un debate, pierde los estribos, adopta un tono personal ofensivo o grosero. En este caso lo que más conviene es volver a centrar el debate, evitar que se nos escape la tesis central que queremos defender y recordar lo que dijo a un adversario el político griego Temístocles: «Atácame, pero escúchame».

Esta ponderación crítica, sin embargo, se ha transformado en positiva y vigorosa en el marco del pensamiento posmoderno, en el que el relativismo ha arraigado con fuerza. Hoy en día, el relativismo es el eje de la cultura posmoderna: «Todo da igual», «Nadie tiene derecho a imponer su opinión sobre los otros», cada uno tiene «su verdad». Hasta tal punto es hegemónico que cualquiera que se atreva a cuestionarlo es tildado de intolerante o de dogmático.

Sin embargo, algunos pensadores consideran este planteamiento el principal problema filosófico de la actualidad, pues creen que, al igual que podemos encontrar proposiciones absolutamente verdaderas en el terreno de los hechos o, como mínimo, proposiciones que se aproximan mucho al conocimiento objetivo en este ámbito, también es posible buscar propuestas justas o válidas en el campo de las normas o, al menos, propuestas más justas que su versión contraria. Escribe Karl Popper: «Aunque no dispongamos de criterios de justicia absolutos, podemos, por descontado, progresar en este terreno. Al igual que ocurre en el terreno de los hechos, podemos hacer descubrimientos en este ámbito. La crueldad siempre es «mala», debería evitarse siempre que sea posible. La regla de oro es una norma buena que podría ser mejorada si hacemos a los demás lo que desean que les hagamos. Éstos son ejemplos de descubrimientos elementales y extremadamente importantes en el terreno de las normas».

Por supuesto, se puede progresar en el ámbito de los valores como se puede tender a unificar el criterio de verdad en áreas tan dispares como la ética o la física, aunque sea difícil y ciertamente

incomprensible para la mayoría de los mortales. Monod escribe: «¿Cabe admitir definitivamente que la verdad objetiva y la teoría de los valores constituyen para siempre terrenos opuestos, mutuamente impenetrables? Ésta es la actitud que parece adoptar una gran parte de los pensadores modernos, ya sean escritores, filósofos o, incluso, hombres de ciencia. Yo creo que dicha actitud no solamente es inaceptable para la gran mayoría de los hombres, entre los que sólo puede mantener y avivar la angustia, sino que es completamente errónea, y esto por dos razones esenciales. En primer lugar porque los valores y el conocimiento están siempre y necesariamente asociados tanto a la acción como al discurso. A continuación, y principalmente, porque la definición misma del conocimiento “verdadero” se basa en último término en un postulado de orden ético».

La actitud racional no está reservada al terreno científico, también se puede aplicar a la política, la ética o la filosofía. Y es precisamente esta actitud la que nos permite entender y demostrar que es mejor la paz que la guerra, la salud que la enfermedad, el bienestar que el malestar, el placer que el dolor, la verdad que la mentira, la justicia que la injusticia... No podemos otorgar el mismo valor a todas las opciones porque estaríamos desvirtuando, no sólo el pensamiento, sino también la propia dignidad humana.

Y todo esto teniendo siempre presente que es una disputa que no solamente se dirime en el ámbito de la teoría, sino también de la práctica. Las valoraciones éticas no son nada —como todos sabemos al menos desde Sócrates—, si no consiguen inspirar buenas acciones. Cabe entrenarse muy bien en este ámbito, tanto o más que en el baloncesto o en el ballet, para hacer el bien. Quizá por eso mismo augura irónicamente Terry Eagleton: «Los malvados, por tanto, son personas deficientes en el arte de vivir. Para Aristóteles, vivir es una cosa que sólo podemos hacer bien si la practicamos constantemente, como tocar el saxo. Es una cosa, pues, que los malvados hacen sin habilidad. En realidad, nosotros tampoco lo hemos conseguido. Lo que pasa es que a la mayoría se nos da mejor que a Jack el Destripador».

EL ANTITÓPICO

¿Tu verdad? No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdetela.

ANTONIO MACHADO